

EL ENVES DE LA HOJA ¹

Si todo libro es un desafío para el lector en la medida en que se ve exigido a realizar la mejor lectura posible, en ocasiones, más allá del texto pero integrándolo, el reto se plantea por la índole de la personalidad del autor y, por qué no decirlo, por la relación establecida entre autor y lector. Aclaro, en este intento de oficio de crítica literaria es común que el estudioso cuando se refiere al autor, si se refiere, lo tenga en cuenta como una especie de entelequia de algún modo despersonalizada de su existencia cotidiana. Pero si el autor ha sido (en cierto sentido sigue siéndolo) profesor de lingüística de quien aborda ahora su obra literaria, entonces, tal vez por condicionamiento del sistema, se produce una especie de parálisis, se actualizan temores quizá infantiles. La amenaza puede traducirse como: si yo analizo, a mí vez seré analizada. No se trata de un examen escolar, tampoco de una de esas charlas ocasionales a las que es tan afecto el maestro; ahora debo desentrañar, más allá de lo anecdótico del mensaje, la función que la literatura cumple en este hombre multifacético y debo hacerlo desde mi peculiar visión del mundo, munida con un lenguaje que no sólo es instrumento del decir, sino fundamentalmente —como en el analizado— pauta de un anhelo de integración de la personalidad (lingüista sí, pero tal vez y no solo, primariamente poeta), es recurso del inconsciente en ese deseo liberador de superar marbetes (lingüista, poeta, sí, pero fundamentalmente persona, sin evitación de sus grandezas o pequeñeces, sin claudicar en su lucidez o retacear las contradicciones). Debo hacerlo desde el asombro que me provoca el enfrentamiento con ese vocabulario de tantas partes, no por presentido menos impactante, tan distinto del mío que por momentos dudo, tanto acerca de mí, como de su pertenencia.

Entonces crece la certeza de que los registros son pauta de la inagotable creatividad, a la vez que capacidad de conservación de los hablantes. Es la presencia de la unidad en la diversidad lingüística, mejor, humana.

Pero dejo los rodeos y constato que, como bien dice el título, ésta es una obra en la que el lingüista, el dialectólogo, ofrece su otra cara, da una visión vital de su andar por la geografía española e hispanoamericana, muestra parte de la biografía de un hombre que posee extenso currículum y prestigio entre los intelectuales de su país: «El dialectó-

¹ MANUEL ALVAR: *El envés de la hoja*, Diputación Provincial, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, s. f., 159 págs.

logo hace treinta y cinco años que patea la ancha y áspera piel del toro ibérico» (pág. 7).

La crónica de episodios humanos se integra en el oficio, ya que «quiere ser escribano de quienes nunca escribieron» (pág. 7). Quizá anhela que los otros no lo vean distinto, aunque de pronto enorgullece la rareza: «Pero también se acuerda que un día en Salzburgo un colega de muchas campanillas lo presentó como a un bicho raro, y en vez de hacer apologías se limitó a leer unos poemas del insólito pajarraco» (pág. 8).

Para darle al relato un tono más objetivo y distanciado, no carente de humor, el autor utiliza el recurso de la tercera persona narrativa, habla de sí como si se tratara de otro, lo que suaviza el pudor de ciertas confidencias, aunque en algunas ocasiones surja espontáneo e irrefrenable el «yo», por supuesto como recurso estilístico voluntariamente equilibrador.

El hilo cronológico parte de los años en el bachillerato, enmarcado en el Instituto Goya, con recuerdos de Unamuno y de los días que allí pasó un niño que provenía de un barrio proletario. Jugaban a la guerra cuando llegó la guerra que asoló España: «Eran años piadosos y crueles. Rezábamos en clase y sabíamos del horror. Fue por entonces cuando yo vi un muerto» (pág. 11). También cuando recibió la ayuda de Blecua, o compró sus dos primeros libros: *La gloria de Don Ramiro* y *Dos discursos y dos ensayos*. Del Instituto a la Universidad, ésta significó Salamanca, y lo que parece resultar constante: la relación directa, personal con los profesores, que soslaya un sistema educativo individualizado y personalizado distante de la masificación actual, consecuencia del incremento numérico de estudiantes no correlacionado con un aumento proporcional en el profesorado. En ese sentido no extraña que revele que: «El decano de la Facultad lo recibió en su casa» (pág. 17). El joven no acepta el anonimato, lucha por un puesto digno y el reconocimiento de su valía. Salamanca no debió regalar demasiada dicha al estudiante; las referencias, escasas, se entremezclan una y otra vez con la soñada, deseada, recordada Zaragoza.

Rápidamente se inicia el peregrinar, primero del aprendiz de dialectólogo, luego del experto, lo que no cambia es el entusiasmo, la ambición que lo impulsa a seguir, a combatir contra el clima, el cansancio, las contrariedades, las desmoralizaciones: «Llevaba una carpeta de gomas, un lápiz y una invisible mochila llena de presagios e ilusiones» (página 21).

Ya sabe que el inventario no basta. Es necesario afianzarse en un método que justifique tanto la observación como la recolección de datos, que permita sacar conclusiones científicas para alcanzar el siguiente paso

en la meta: «Busco palabras. El otro día empecé con Blasa Iguácel en en Bergosa. Apunté muchas. Ahora me gustaría seguir y a ver si sé hacer una tesis doctoral. Pica V. alto, ¿no? Es que hace muchos años que no hay cátedras de Instituto y necesito hacer algo. Mis maestros de Salamanca me animan mucho y quisiera ver si me quedo de ayudante» (páginas 24-25). Esto sucedía mientras en Hiroshima y Nagasaki las palabras no eran suficientes para describir el horror, y el mismo silencio de la muerte impulsaba al joven a reivindicar la sonoridad de la palabra viva.

En esta época se afianzarán las amistades que seguirán contando en su vida. En Navarra desarrolla sus primeros trabajos, y después de treinta años, al toparse con ellos, comprobará cambios en la vieja metodología, en los postulados, en la forma de encarar los problemas, pero confiará en que esos borradores tendrán utilidad, tal vez en el sentido de que las nuevas generaciones transiten un camino desbrozado.

La pasión por derogar la lengua, que es su modo de reconocerse, continúa mientras está en el ejército: «Porque el soldado, siempre que lo dejaban, se sentaba en un poste para ir apuntando todo lo que oía...» (página 33). Desde aquí enviará su tesis acabada a Salamanca. También, como en sordina, entre unas y otras cosas, se actualiza en confidencia el noviazgo tradicional, la timidez y casi remordimiento por cogerla de la mano. El ahora con el antes enlazados cobijan el orgullo por los hijos, continuadores y herederos de su labor y prestigio, que saben en la actualidad más que él de muchas cosas: «Ahora su hijo mayor está en Lima hablando de diccionarios gordos...» (pág. 39). Quien esto escribe recuerda que así fue porque en enero del 75, en un Perú que luchaba por conseguir su identidad nacional, entre otras acciones, con estudios y planificaciones para una reforma educativa global, se celebró un Congreso Internacional de Lingüística en el que vio cómo el joven probaba sus fuerzas, tal vez un poco molesto por la complacencia protectora de los mayores, que aunque bien intencionada, de algún modo exigía prudencia a los impulsos juveniles.

El texto rebosa anécdotas pintorescas, dramáticas, sorprendentes o risueñas, de cuyo conjunto destaca cuando lo apresaron porque su tarea era sospechosa (págs. 55-56), o el caso del alcalde que se trataba con el doctor Castilla del Pino porque apredreaba todos los relojes que veía (página 58), o el del informante que se ahorcó al día siguiente de irse el estudioso, o el del pastor al que su perro le trajo la mano de la novia desaparecida (pág. 70), y también cuando los niños corren delante de la avioneta para que los zopilotes no se enreden en las hélices al despegar (página 97), o la visión del cartel: «Familia bien programada es una familia feliz», entre las chozas famélicas y superpobladas de los indíge-

nas (pág. 120). En otras ocasiones la parte fundamental de la trama la constituye el regusto por el vocabulario lugareño, por giros y usos dialectales, por el derroche de precisión poético-erudita: «que si la cabra está buquidera; que si la oveja, amarecida; que si la vaca, torionda; que si la perra, cachonda...» (pág. 42). De la misma manera el profesor deja constancia de su dominio del verbo con la soltura de quien metafóricamente a placer el vocabulario técnico: «Pues claro, hombre, ¿le ha dolido alguna vez una etimología? ¿O le supuró un archifonema? ¿O le salió un golondrino de fricativas...? Que no, que no, porque tampoco sale sangre de las lexías ésas, ni aspean los sememas, ni producen ubrera las velares...» (pág. 65).

El dialectólogo viaja como Ulises y valora estos senderos, así como lamenta que Luciano no hiciera «ningún largo viaje, ni se tropezó un día a la hermosísima Nausicaa lavando sus lienzos, ni supo la felicidad de encontrar al perro Argos viniendo de la majada de Eumeo, ni se apoyó en un peral lleno de flores ante la casa de Laertes» (pág. 71).

A través de estas páginas el lector se informa de que un 8 de julio en San Sebastián de Garabandal, «pueblo milagrero y generoso», Manuel Alvar concluyó un atlas. Encuentra que en Puebla de Don Fadrique ya se siente el influjo murciano, que tiene eses castellanas, y que las mujeres hablan distinto que los hombres (pág. 69). Para recoger precioso material que luego cuajará en otros trabajos importantes, ese mismo pic empecinado transitará por Lanzarote, Fuerteventura e infinidad de pueblos de las islas.

El dialectólogo va cubriendo etapas dentro de esta biografía informal, de modo que no falta la conquista de América; su andar llega al otro lado del océano, trata a los mulatos, comprende la sencillez y los tan expresivos silencios del nativo, deja traslucir su admiración asombrada ante la suficiencia de la muchacha del norte.

A lo largo de la obra hay paréntesis que permiten seguir al hombre en su sentir, complementario de su pensar especulativo o de la racionalidad exigida por la especificidad de su trabajo: «El dialectólogo ha transcrito —¿cree usted que millones de palabras?—, pero el dialectólogo ha sufrido y ha amado y ahora —cuando se detiene a pensar— sabe que si algo queda de él no serán libros gordos y aburridos, ni atlas y congresos, ni... sí, quedarán —¿querrá Dios hacerle este regalo?—, quedarán unas mujeres y unos hombres que serán más viejos que él ahora y que, acaso, olvidadizos de su nombre, acaso, se acordarán de la pasión con que les hablaba de su lengua» (pág. 96). Estando en México recibe el telegrama que anuncia el nacimiento de otro hijo; este trabajo, que visto desde su exterioridad puede impresionar

como de permanentes vacaciones, sin embargo exige también el sacrificio de la familia.

En Hispanoamérica se exalta el patriotismo, el orgullo de ser español, de hablar «pura castilla»; también se honra la comunidad de hablantes que constituye el universo de la lengua, que en muchos lugares de este territorio es sinónimo de excelencia. A lo largo del discurso son varias las referencias al uso significado de la palabra «castilla» (págs. 102-103-104-105). Castilla por imposición cultural (pero no sólo), cuna y norte de 300 millones de seres que hablan con su voz, aunque, justo es reconocerlo, en muchos casos ésta tiene el valor de segundo sistema que lucha con el heredado de los antepasados indígenas, pero no consigue dominarlo. El profesor aprecia la musicalidad, las variantes, la reelaboración del español por parte de estos pueblos, ya que expone: «En Colombia hay un regusto casi monjil por la música de la palabra. Los saludos infinitos retrasan el tintico mañanero o las felicidades para una buena noche acaban desvelando al somnoliento» (pág. 108). Como en este caso, hábitos lingüísticos de hábitos sociales, sus descubrimientos no abarcan sólo el idioma, el paisaje por su grandiosidad y magnificencia vuelve a ejercer el rito de deslumbrar y sobrecoger como lo hizo con los conquistadores, con sus cronistas, como lo sigue haciendo con sus pintores o literatos; América Latina es la naturaleza hiperbólica, así como la miseria, la injusticia, el atraso superlativo. Y en medio de esta realidad imperdonable, la humilde y pobre maestra quiere enseñar a sus alumnos a pronunciar la zeta. De esta manera se fue preñando el atlas de Colombia, mientras «los oídos del dialectólogo iban sintiendo palabras mil veces escuchadas. Ahora sonaban con música nueva, recién creadas en las aguas del Metica, recién nacidas en la cópula de la selva y el llano» (pág. 114).

Destacan otros muchos pasajes donde el poeta hace gala de su vena lírica o de su paleta paisajística minuciosa, muestra la elegancia con que su pluma describe el Amazonas o la esterilidad de Castilla, así como narra con gracia y picardía las relaciones con los alumnos, la seriedad de los informantes, la honda emoción del sujeto. De pronto, también, y entre tanta gente nueva, tanta agitación y distancia, la posesión de la soledad tranquilizadora: «El alma en soledad sobrecogida por la naturaleza augusta, antes de evadirse para siempre» (pág. 119).

A veces la lengua es el único ropaje, el único alimento del hombre, a veces la lengua o su silencio, por eso en el contacto con los indígenas se condeule de su miseria: «El buscaba los pasos de una lengua hermosa y sonora —español— y había encontrado la miseria del hombre en la más viciosa y lujuriente naturaleza, el hombre en su total invalidez. Los indios le rehuían...» (pág. 128). Pero quizá el profesor en

su humanismo cristiano, el lingüista, el hombre, idealiza la conquista y colonización. Lejos de la intención de reactualizar una vieja polémica que no concierne a este comentario, sin embargo es posible acotar que, sin desmedro de los aportes positivos, el indígena no estaba mejor con «la Corona y la Iglesia»; por el contrario, si la esclavitud existía en época precolombina, con el dominio europeo se agudiza, sin que resulte paliada con la importación de negros, ya que todas estas etnias serán conducidas hacia un aniquilamiento que no cesa, pasarán a ser objeto de otros, ajenas a sí mismas, extrañas a su propia cultura, perderán su lengua que seguramente era tan hermosa como la nuestra.

En síntesis, ésta es una obra producida por la persona, porque sólo se es científico si ello conlleva el despliegue de las posibilidades humanizadoras. Es obra de tono casi intimista, familiar, que relaciona al amigo con el amigo, y que explica quizá los interlocutores presentes en la dedicatoria; el mismo autor no justifica el justificar la publicación en el reclamo editorial para que sirviera a las «gentes de su tierra» (pág. 39), porque simplemente desea mostrar el modo de existir en la palabra impagable que le regalaron, desde un humilde caserío perdido, a un trabajador de sonidos.—MYRIAM NAJT (*Galileo*, 47, 1.º B. MADRID-15).

NARRATIVA BREVE ANDALUZA. UNA ANTOLOGIA

En la edición de Rafael de Cózar (1951), Legasa Literaria publica una antología de narradores andaluces, una vez, al parecer al menos, superada la polémica de si existe o no la narrativa andaluza o si, por el contrario, únicamente existen los narradores nacidos en la inmensa, querida región. Once son los antologados en esta oportunidad: Manuel Halcón, Francisco Ayala, José Antonio Muñoz-Rojas, Manuel Andújar, Carlos Edmundo de Ory, José Manuel Caballero Bonald, Alfonso Grosso, Antonio Martínez Menchén, Fernando Quiñones, Eduardo Tijeras y Julio de la Rosa. Once nombres significativos, suficientemente conocidos—algunos, incluso internacionalmente— como para dudar si son todos los que están. Ya lo dijo Gerardo Diego: toda antología es un error. De ahí a creer que toda antología es inútil, *a priori*, hay un pequeño trecho. No es la selección de Rafael de Cózar, como él mismo explica, ilimitada, cuestión difícil si tenemos en cuenta no únicamente la exten-